



Carta a los Formadores de los Profesos Temporales

Roma, a 30 de julio de 2026

Prot. 115595 (FS 113/26)

A todos los Formadores de Profesos Temporales

Querido hermano:

¡El Señor te dé la paz!

Con espíritu de gratitud por el servicio que realizas y por la dedicación con la que acompañas a los hermanos confiados a tu cuidado, deseamos llegar hasta ti con esta carta, continuando el camino que, en los últimos años, nos ha llevado a reflexionar juntos sobre las distintas etapas de la formación en la Orden. Después de haber compartido algunas reflexiones con los Ministros provinciales y Custodios, con los Secretarios para la Formación y los Estudios, con los responsables de la formación permanente, con los animadores vocacionales y con los formadores de las primeras etapas del itinerario formativo, sentimos ahora la necesidad de detenernos con especial atención en la etapa de la profesión temporal.

Esta no es simplemente una fase intermedia, sino un tiempo de gran importancia, en el que el hermano está llamado a consolidar su respuesta al Señor, a dejarse modelar más profundamente por la forma evangélica de la vida franciscana y a madurar una síntesis personal entre la vida fraterna, el seguimiento de Cristo y la misión. Es un tiempo en el que la vocación, recibida como un don, debe ser acogida y vivida progresivamente como una responsabilidad cotidiana, en la realidad concreta de la vida y de las relaciones. Los profesos temporales necesitan ser acompañados hacia la fidelidad y la perseverancia, y recibir ayuda para encontrar su centro, no en sí mismos, sino en Cristo.

Icono bíblico

Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos y los envió de dos en dos delante de él a todas las ciudades y lugares adonde pensaba ir. Les decía: «La mies es abundante y los obreros pocos. Rueguen, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ¡Pónganse en camino! Miren que los envió como corderos en medio de lobos. No lleven bolsa, ni alforja, ni sandalias, y no se detengan a saludar a nadie por el camino. Cuando entren en una casa, digan primero: “Paz a esta casa”. Y si allí hay gente de paz, la paz de ustedes reposará sobre ellos; de lo contrario, volverá a ustedes. Permanezcan en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayan de casa en casa. Cuando entren en una ciudad y los reciban, coman lo



que les pongan delante, curen a los enfermos que haya en ella y díganles: “El Reino de Dios está cerca de ustedes”.»¹

El Evangelio según san Lucas nos presenta una escena de gran densidad espiritual y pastoral: «El Señor designó a otros setenta y dos y los envió de dos en dos delante de él...». No se trata solamente de un episodio de la vida de Jesús, sino de un verdadero icono de la vida del discípulo.

Ante todo, llama la atención el hecho de que Jesús «designa» y «envía». La llamada no nace de una iniciativa personal, sino de una elección. El discípulo es escogido, llamado por su nombre y enviado. También el hermano en profesión temporal vive dentro de esta misma dinámica: no se ha dado a sí mismo la vocación, sino que la ha recibido como un don, y continúa recibéndola cada día.

El envío «de dos en dos» no es un detalle secundario. Indica que la misión nace de la fraternidad y se realiza en la fraternidad. El discípulo nunca está solo ni es autosuficiente. Siempre forma parte de una relación, de un vínculo, de una comunión que lo precede y lo sostiene. Esto tiene una consecuencia directa para la formación: no se forma a un individuo aislado, sino a un hermano dentro de una fraternidad.

Jesús añade: «La mies es abundante». Antes incluso de enviar, educa la mirada de los discípulos. No los envía a resolver un problema, sino a reconocer una obra que Dios ya ha comenzado. El mundo no es, ante todo, un lugar de carencia, sino de presencia. El hermano en formación necesita aprender esta mirada contemplativa, capaz de reconocer los signos del Reino ya presentes en la historia.

Poco después, Jesús invita a orar: «Rueguen al Dueño de la mies». La misión nace de la oración y permanece arraigada en ella. Sin esta raíz, incluso el compromiso más generoso corre el riesgo de vaciarse. Por eso, el tiempo de la formación debe estar profundamente marcado por la oración, no como un simple añadido, sino como el aliento mismo de la vida.

Las indicaciones que siguen son exigentes: «Los envío como corderos en medio de lobos... No lleven bolsa, ni alforja...». El discípulo está llamado a vivir una forma de vulnerabilidad evangélica. No se protege con seguridades humanas, sino que se abandona confiadamente en las manos de Dios. No pretende dominar la realidad, sino atravesarla con confianza. Aquí encontramos una profunda sintonía con la minoridad franciscana.

El primer gesto que Jesús pide resulta sorprendente por su sencillez: «Digan: “Paz a esta casa”». La misión comienza con un saludo, con una presencia portadora de bendición. No se trata de conquistar, sino de ofrecer; no de imponer, sino de proponer. La paz es el primer don y criterio de la misión.

Finalmente, el envío se concreta en gestos cotidianos: entrar en las casas, compartir la mesa, cuidar a los enfermos y anunciar el Reino. El discípulo no vive al margen de la realidad, sino inmerso en ella. La misión está hecha de relaciones, de cercanía y de vida compartida.

Este icono evangélico nos recuerda que la formación no puede separarse de la misión. Los discípulos aprenden mientras caminan, crecen viviendo y maduran siendo enviados. Del mismo modo, los hermanos en profesión temporal están llamados a dejarse formar en el seno mismo de la misión.

¹ Lc 10,1-9



Lectura franciscana

San Francisco reconoció en este estilo evangélico el corazón mismo de su forma de vida. En la *Regla no bulada*, capítulo XVI, encontramos un texto particularmente significativo:

«Y los hermanos que van (entre sarracenos y otros infieles), pueden vivir espiritualmente entre ellos de dos modos. Uno es, que no promuevan disputas ni controversias, sino que estén sometidos a toda humana criatura por Dios y confiesen que son cristianos. El otro es que, cuando vean que agrada al Señor, anuncien la Palabra de Dios...».²

Leído en su conjunto, este texto revela una profunda libertad interior y una gran finura espiritual. Francisco no propone un esquema rígido, sino una actitud evangélica: vivir entre las personas con humildad, sin pretensiones ni espíritu de dominio y, al mismo tiempo, estar siempre dispuesto a anunciar el Evangelio cuando el Espíritu lo inspire.

Es el mismo dinamismo que encontramos en los discípulos enviados por Jesús: una presencia que precede a la palabra, un testimonio que prepara el anuncio. El hermano está llamado a vivir entre los hombres no como un extraño, sino como un hermano, compartiendo su vida, llevando la paz y dejándose tocar por sus heridas.

Tomás de Celano describe precisamente así a los primeros hermanos: hombres que «iban por el mundo» con sencillez, sin nada propio, confiados en la providencia y que anunciaban el Evangelio más con el testimonio de su vida que con sus palabras.³ Salían juntos y juntos regresaban, compartiendo lo vivido y apoyándose mutuamente.

La *Ratio Formationis Franciscanae* afirma que la formación está orientada al seguimiento de Cristo pobre y crucificado y al servicio de la misión,⁴ y que constituye un proceso continuo que compromete a toda la persona.⁵ En este proceso es necesaria la presencia de acompañantes espirituales. Es evidente que esta función la desempeñan ya los formadores, pero también pueden ejercerla otros miembros de la fraternidad o directores espirituales personales.

En el proceso formativo es necesario cuidar también la salud física y psíquica de los formandos, y los formadores deben saber recurrir, cuando sea necesario, a especialistas en estos ámbitos. La dignidad de cada hermano y su derecho al secreto profesional deben ser siempre respetados.

Además, la *Ratio* subraya que la formación es experiencial y que se realiza en la fraternidad y en el mundo real.⁶ Esto significa que el hermano no es formado para la misión, sino en la misión; no primero y después, sino dentro de ella y a través de ella.

Este período debe constituir una seria preparación para la profesión solemne. El camino de cada hermano ha de ser evaluado periódicamente en el *coetus formatorum*, en el Secretariado para la Formación y los Estudios y en el Definitorio provincial, de modo que el discernimiento sobre su crecimiento comprometa responsablemente a todos los organismos competentes. En esta evaluación no deben considerarse únicamente la disciplina o el rendimiento intelectual, sino el crecimiento integral de la persona.⁷

² *Rnb* XVI,5-7.

³ Cf. 1Cel 39-41.

⁴ Cf. *RFF* 3.

⁵ Cf. *RFF* 2.

⁶ Cf. *RFF* 43; 47.

⁷ Cf. *RFF* 215.



La fraternidad como verdadero seno formativo

Si los discípulos son enviados de dos en dos, entonces la fraternidad no es un simple contexto, sino el lugar donde se aprende a vivir el Evangelio.

Los hermanos de profesión temporal necesitan integrarse realmente en la vida de la fraternidad. No basta una participación parcial o meramente formal. Deben poder compartir la vida fraterna en todas sus dimensiones: la oración, el trabajo, las comidas, los momentos de recreación, las dificultades y las responsabilidades. Por ello, es conveniente que el número de profesos temporales en una fraternidad local no supere ampliamente el de los profesos solemnes. Es importante mantener una proporción equilibrada.

La oración comunitaria se convierte en una escuela donde se aprende a estar delante de Dios junto con los hermanos. Las comidas compartidas se convierten en espacios de comunión sencilla y concreta, donde se construyen las relaciones fraternas. Los momentos de recreación y descanso, vividos conjuntamente por los profesos solemnes y los profesos temporales, permiten desarrollar esa familiaridad que hace de la fraternidad un verdadero hogar.

También la vida cotidiana, con sus pequeñas responsabilidades, posee un profundo valor formativo. Es allí donde se aprende la minoridad, el servicio, la paciencia y la acogida del otro.

La relación que tú, como formador, construyes con tu Guardián tiene una importancia fundamental. Al contemplarla, los profesos temporales aprenden qué significa vivir en fraternidad, qué significa vivir la obediencia y qué significa tener un Guardián.

En nuestra Orden somos testigos del crecimiento del número de casas de formación para profesos temporales de carácter interprovincial e internacional. En estas fraternidades, la comunidad de profesos solemnes debería estar integrada por hermanos provenientes de todas las Entidades implicadas. De este modo, se comparte la responsabilidad de la formación y los profesos temporales mantienen un vínculo concreto con su propia Entidad. Esta corresponsabilidad de las Entidades debería quedar regulada en los Estatutos de la casa de formación interprovincial.

La *Ratio Formationis Franciscanae* recuerda que la fraternidad es un «lugar privilegiado del encuentro con Dios»⁸ y que constituye una red de relaciones en la que el hermano crece.⁹ Sin esta experiencia concreta, la formación corre el riesgo de quedarse en un plano meramente teórico.

Fraternidad y misión: experiencias que transforman

La fraternidad auténtica no se encierra en sí misma, sino que se abre a la misión. Los hermanos en profesión temporal deben poder vivir experiencias concretas de evangelización y de servicio, en las que puedan asumir responsabilidades reales.

Tiene una importancia especial el encuentro con los pobres y los marginados. No se trata de actividades opcionales, sino de lugares donde el Evangelio se hace visible y donde el corazón del hermano es transformado. La *Ratio* afirma que los hermanos están llamados a vivir entre los pobres y a compartir su condición.¹⁰

⁸ RFF 17.

⁹ Cf. RFF 55.

¹⁰ Cf. RFF 25.



Para que estas experiencias sean verdaderamente formativas, es necesario que tengan una duración suficiente. No bastan unas pocas semanas. El hermano necesita tiempo para entrar en la realidad, aprender, equivocarse, crecer y asumir responsabilidades.

En este sentido, la experiencia del «año franciscano» ha demostrado ser muy fecunda en diversas partes de la Orden. Permite una verdadera inmersión en la vida fraterna y misionera, ofreciendo al hermano la posibilidad de pasar de la observación a la responsabilidad. Estos períodos deben prepararse cuidadosamente y, en la medida de lo posible, adaptarse a las necesidades y a los talentos de cada hermano. En esta preparación deberían participar también los responsables de la misión y de la evangelización, así como los animadores de Justicia, Paz e Integridad de la Creación (JPIC). El programa de este año debe ser aprobado por la Entidad, y a cada profeso temporal se le debe asignar un acompañante que le ayude a vivir plenamente esta experiencia.

Para estos fines, recomendamos a todas las Entidades de la Orden que aún no lo hayan hecho que consideren seriamente, mediante un profundo proceso de discernimiento, la posibilidad de introducir, durante el período de la profesión temporal, un año de experiencia fraterna y misionera más intensa. Dado que muchos de nuestros profesos temporales realizan sus estudios en instituciones no franciscanas, durante este período podrían incorporarse algunos cursos de franciscanismo (historia, filosofía, teología y pensamiento franciscano, espiritualidad franciscana)¹¹, con el fin de profundizar los temas ya abordados durante el noviciado.

Formación intelectual y unidad de la vocación

Junto a la dimensión experiencial, es fundamental una sólida formación intelectual. La *Ratio* recuerda que el estudio constituye un componente esencial de la formación,¹² porque permite al hermano profundizar en la fe, dialogar con el mundo y servir mejor a los demás.

También es importante acompañar cuidadosamente la preparación para los ministerios sagrados de quienes están llamados a ellos, así como la preparación de los hermanos laicos en sus competencias y responsabilidades específicas. Sin embargo, es esencial salvaguardar una formación fundamentalmente unitaria.

Todos somos Hermanos Menores. Todos compartimos la misma vocación. Las diferencias de servicio no deben convertirse en divisiones de identidad. Por ello, es necesario mantener un itinerario formativo común, acompañado de un proceso de acompañamiento personalizado, capaz de respetar los dones y la llamada propia de cada hermano.

En este punto queremos recordar las palabras del Documento final del Encuentro Internacional de Hermanos Laicos, celebrado en Asís en 2025: «Como norma general en toda la Orden, todos los hermanos de profesión simple deben realizar juntos estudios franciscanos, mientras se forman para el ministerio durante todo el año, así como en programas de verano, programas de estudios semanales o cursos en línea entre entidades compartidas. Esto se realizará de maneras y a través de medios apropiados para el contexto de nuestras entidades en todo el mundo. Esta formación debe incluir la identidad franciscana, la vida fraterna, la vocación de los hermanos laicos y ordenados, y la evangelización según nuestra nueva *Ratio evangelizationis*.»

En el mismo Documento se afirma que es necesario «clarificar la identidad y vocación del hermano laico en la tradición franciscana como una de las auténticas expresiones del ser “hermano” en

¹¹ Cf. *RFF* 210; *RS* 148.

¹² Cf. *RFF* 53.



minoridad, humildad y fraternidad, ayudando a todos los hermanos a valorar las distintas funciones que desempeñan, al tiempo que se afirma la misión común, ya sea de hermano laico u ordenado, y se renueva nuestra vocación común de vivir juntos el Evangelio.»

Conclusión

Queridísimo hermano, tu servicio es precioso y delicado. Acompañar a los hermanos en esta etapa de su vida exige tiempo, paciencia, capacidad de escucha y discernimiento. En ocasiones tendrás que mediar entre los profesos temporales y los profesos solemnes de tu fraternidad, y esto requerirá una gran creatividad.

Habrà momentos de consuelo y momentos de dificultad. Habrà avances y también momentos de aparente estancamiento. No siempre verás inmediatamente los frutos de tu trabajo.

Pero precisamente en este camino se manifiesta la obra de Dios. Tú estás llamado a colaborar con el Señor con fidelidad y humildad. Cada gesto de atención, cada palabra de acompañamiento y cada momento compartido en la fraternidad contribuyen a formar el corazón de un hermano.

No te desanimes. El Señor sigue actuando, incluso cuando su acción no es visible. Permanece también tú dentro de la dinámica del Evangelio: en la fraternidad, en la oración y en la misión.

El envío de los discípulos nos recuerda que la vida franciscana es una vida recibida y entregada, vivida en fraternidad y abierta a la misión.

Los hermanos de profesión temporal están llamados a crecer dentro de esta dinámica, para llegar a ser hermanos auténticos y testigos creíbles del Evangelio.

También, en nombre del Ministro general y de su Definitorio, encomendamos tu servicio y el camino de los hermanos a la intercesión de la Inmaculada Virgen María y de nuestro padre san Francisco, para que nos enseñen a vivir con sencillez, alegría y fidelidad.

Fraternalmente,



Fr. Darko Tepert, OFM

Secretario general para la Formación y los Estudios